

*El arte de ser.  
Erich Fromm o las fuerzas productivas  
de la razón y el amor*

*Rubén CAMPOS PALAREA*

Mi encuentro personal con la obra de Erich Fromm se produjo de manera totalmente casual. De forma espontánea había creado junto con unos amigos una tertulia en el café Barbieri, situado en la madrileña plaza de Lavapiés. Durante nuestras reuniones charlábamos sobre cualquier tema que fuera surgiendo, con la osadía propia de un grupo de universitarios curiosos que están descubriendo de nuevo el mundo con otros ojos, alentados por la pasión común de conocer y explicar el universo que nos rodea. Literatura, culturas orientales, cine, Marx, psicoanálisis, física cuántica, entre otros muchos temas, eran devorados con deleite y a partir de ellos surgían lecturas, discusiones y siempre una conciencia general de enriquecimiento que nos animaba a continuar. Un día, cuando llegué a nuestro lugar habitual de reunión, me encontré sobre la mesa unos libros de un autor completamente desconocido para mí en ese momento. Se trataba, obviamente, de Erich Fromm. Como es costumbre en cualquier lector compulsivo leí de forma apresurada la reseña de la cubierta y pedí prestado al azar uno de los libros. Por todo lo que después significó fue una de las decisiones más importantes de mi vida adulta.

El libro en cuestión era una recopilación de textos que, de manera póstuma, habían sido recogidos por uno de los discípulos más activos de Fromm: Rainer Funk, del que volveremos a hablar más tarde. Se titulaba «Del tener al ser» y estaba editado en España por Paidós Studio. La lectura de esta obra supuso para mí un descubrimiento fascinante: desde el principio fui consciente de que la visión de Erich Fromm sobre el hombre y la realidad era asombrosamente penetrante, pero, al mismo tiempo, exponía sus ideas de un modo tan sencillo y

directo que me hacía sentirme parte integrante de lo que estaba contando. Al leer las páginas del libro sentía la gozosa impresión de que las ideas se iban recreando y tomaban forma en mí a medida que iba avanzando. Me sentía como un niño que, de repente, deja de leer mecánicamente y comienza a penetrar en el significado de las palabras y los mundos infinitos que éstas esconden detrás de su materialidad impresa o sonora.

Uno de los conceptos más sugerentes en el pensamiento de Erich Fromm es el del origen de las ideas. Fromm no entiende el concepto origen en su acepción habitual de inicio; así, cuando habla de pensamiento original no se refiere al primer hombre que estableció algo sobre un tema determinado, sino a cualquiera que enfrentándose con una idea la interioriza, la comprende, la hace suya; a cualquiera que, de alguna manera, se convierte en «el origen» de esa idea. En este sentido, es muy común entre los lectores de Fromm la impresión de que lo que nos está contando ya se sabía con anterioridad, pero que solamente con la lectura de sus libros nos hacemos conscientes de ello.

Han pasado ya algunos años desde aquel primer encuentro y mi relación con la extensa producción de este pensador alemán se ha estrechado con el tiempo. Títulos como «El arte de amar», «El miedo a la libertad», «Ética y psicoanálisis» o «¿Tener o ser?» son ya parte de mi vida interior, como lo son también de tantos otros que se han acercado al pensamiento vivo de Erich Fromm.

### *SUS FUENTES Y SU MODO DE SER*

De todas las facetas que Erich Fromm cultivó durante su vida (psicoanalista, sociólogo, profesor universitario, ensayista, estudioso del mundo de las religiones), la que le caracteriza con más propiedad es la de humanista. El hombre es el centro del pensamiento frommiano con su, en palabras del pensador alemán, «capacidad biofílica para orientarse productivamente para el bien y desarrollar sus potencialidades de acuerdo con su autonomía». Las fuentes desde las que germinará el humanismo de Erich Fromm son muy variadas y el conocimiento de las mismas resulta fundamental para la comprensión de su obra y su modo de ser. Erich Fromm nació en la ciudad alemana de Frankfort en el año 1900. Sus padres provenían de familias rabínicas por lo que fue criado siguiendo la estricta tradición judía. El estudio de los libros sagrados judíos, el Talmud y la Torá, constituyó su primer contacto con el mundo intelectual. Pero pronto, el joven Fromm abandonó los principios del judaísmo más ortodoxo y comenzó a evolucionar a una postura humanista no teísta, en la que se mantendría durante toda su vida.

Después de abandonar desencantado los estudios de derecho se matricula en sociología en la prestigiosa universidad de Heidelberg. En este centro educativo había impartido su magisterio uno de los padres fundadores del estudio científico de la sociedad, Max Weber. Aunque cuando Fromm llegó a Heidelberg, Weber ya había abandonado la cátedra, la influencia de su pensamiento es fundamental en los planteamientos sociológicos de Fromm. El análisis de la sociedad industrial que se encuentra en «El miedo a la libertad», la primera obra madura de Fromm, debe mucho a las ideas del autor de «La ética protestante y el espíritu del capitalismo».

Los estudios de psicología y filosofía complementaron su formación. Fromm citaba a Aristóteles y Spinoza como los filósofos que habían dejado en él una huella más profunda por su pensamiento ético-moral, pero los dos autores que modelaron decisivamente al joven Fromm fueron Karl Marx y Sigmund Freud. De Marx le interesó principalmente sus escritos de la primera época anterior a «El capital», donde un Marx más directamente influido por las tesis idealistas de Hegel desarrolla su concepto del hombre. Mientras, Freud y su obra suponen para Fromm la introducción en una dimensión del ser humano que comenzaba a ser estudiada en esos momentos y que había sido sacada a la luz pública por el médico vienés: el mundo del inconsciente. Rainer Funk, al que ya hemos citado como discípulo de Fromm y cuyo estudio biográfico<sup>1</sup> sobre el pensador alemán continúa siendo la forma más acertada de introducirse en el pensamiento frommiano, afirma que la idea más fructífera de Fromm es suponer la existencia de un inconsciente colectivo configurado por el ser social, uniendo de este modo las aportaciones que en su momento habían realizado Freud y Marx.

El campo del psicoanálisis se convertirá, además de en uno de sus grandes focos de atención, en la manera principal que tenía Fromm de ganarse la vida, en su profesión fundamental. Pronto comenzará a criticar muchos de los conceptos freudianos y de los psicoanalistas ortodoxos hasta llegar a su propia concepción revisada del mundo psicoanalítico, pero esto lo analizaremos más adelante.

La influencia que tuvo en Fromm las culturas orientales y especialmente la cultura budista no es, en absoluto, desdeñable. La ausencia de una autoridad

---

<sup>1</sup> Rainer FUNK: *Fromm. Vida y obra*, Barcelona. Paidós Studio, 1989.

específica, su mensaje de tolerancia, armonía y paz y su mistificación irracional frente a los procesos racionales occidentales, le atrajeron desde siempre. Aunque no se le puede considerar ni remotamente miembro de esta comunidad religiosa, Erich Fromm practicó diversos métodos de yoga, ejercicios físicos o intelectuales de origen oriental que permiten equilibrar nuestras energías interiores. Sus estrechos contactos con Daisetz T. Suzuki, el divulgador más importante de la filosofía zen, una de las múltiples escuelas budistas que existen, en Occidente y con Nyanaponika Mahathana, maestro en la mística budista, dan buena prueba del gran interés que Fromm siempre mostró por las ancestrales formas de sabiduría oriental.

Tan importante para entender la obra de Fromm es conocer las fuentes fundamentales de las que fluye, como comprender y profundizar en su modo de ser. La sorprendente coherencia y continuidad del pensamiento en una obra que se extiende a lo largo de más de medio siglo, sólo puede apreciarse en relación con un análisis de la forma en que Fromm afrontaba su actividad vital. En todas las entrevistas que concedía, Fromm siempre resaltaba la importancia que tuvo en su desarrollo el contacto con los maestros judíos que le introdujeron en el estudio de las Escrituras. En contraposición con el espíritu burgués del siglo XX donde la principal meta es la acumulación de capital y beneficios, los judíos eruditos parecían anclados en un mundo precapitalista de ambientación en los valores medievales. Su única preocupación era dedicarse al estudio de las obras sagradas y cualquier otra consideración era relegada a un segundo plano. Ocupar su tiempo en tareas orientadas a la obtención de más dinero del estrictamente necesario para sobrevivir era inconcebible para su modo de entender las cosas: se dedicaban a acumular sabiduno riquezas materiales. De ellos, Fromm aprendió la práctica de vida alternativa en su valor específico, como fuerza creativa y auténtica, y también los peligros de amoldarse al «sano sentido común» o lo que el general de la sociedad considera «lo más obvio del mundo». Esta actitud procuró a Fromm la segregación necesaria para criticar a todas las organizaciones establecidas como formas de hacer perdurar la alienación de la persona, que impiden al ser humano disfrutar de su independencia y autonomía dentro del grupo social.

Fromm no solamente habló desde el punto de vista teórico de «las fuerzas productivas de la razón y el amor», todos aquellos que le conocieron personalmente resaltan su carácter amable y alegre y la enorme capacidad que poseía de comunicar su caudal inagotable de conocimientos. Por las mañanas dedicaba su

tiempo a trabajar en alguno de sus libros y por las tardes ejercitaba el psicoanálisis, como forma de ganarse la vida. Como tantos otros intelectuales alemanes, Fromm tuvo que huir de Alemania ante la amenaza nazi y se refugió en los Estados Unidos. Desde la década de 1950 compatibilizó su residencia en el país norteamericano con largas estancias en Méjico, país donde dirigió numerosos grupos universitarios de psicoanálisis. Su compromiso con el mundo que le rodeaba le llevó a tomar partida por numerosas causas, algunas muy controvertidas como su apoyo al pueblo palestino enfrentado a las posturas del judaísmo más conservador. En este tipo de manifestaciones públicas siempre se caracterizó por alinearse con los débiles frente al poder de las grandes instituciones, una actitud que coincide con el planteamiento teórico fundamental de su obra: la liberación del ser humano de las cadenas que le impiden desarrollar sus capacidades de forma armónica.

### *FROMM Y EL PSICOANÁLISIS HUMANÍSTICO: DEL SÍNTOMA AL HOMBRE*

El psicoanálisis fue, como hemos visto, una de las actividades vitales a la que Fromm prestó mayor atención. El estudio de los acontecimientos de la vida psíquica que inició Sigmund Freud parte del presupuesto de que los procesos conscientes son sólo fracciones y actos aislados de la vida anímica total. Lo psíquico se condiciona en buena medida por una serie de procesos inconscientes que están marcando nuestro comportamiento de forma continua. El psicoanalista es nada más que un guía, como Virgilio que condujo a Dante a los infiernos, que en este caso conduce al paciente por los entresijos de su psique.

Con Freud nace el método psicoanalítico que tiene como fin el descubrimiento de la realidad inconsciente de una persona para aliviar los síntomas anormales de su conducta. El origen del trauma en Freud se localiza en la edad infantil y tiene un carácter puramente sexual, siempre asociado a un hecho concreto que hace entrar en conflicto los instintos y el yo del niño. La técnica de curación de estas neurosis se basa en el fortalecimiento del yo que ayude a superar las angustias y las inhibiciones. Una de las grandes limitaciones de la concepción freudiana es su definición de hombre sano; para Freud una persona goza de salud mental si es capaz de ejercer su función social sin problemas. Teniendo en cuenta que reducía la función social del hombre meramente a trabajar y procrear, podemos afirmar desde su postura que una persona que se comporta como un autómeta no necesitaría ningún tipo

de ayuda desde el campo del psicoanálisis. Otra de las grandes barreras del psicoanálisis freudiano es que su objetivo no es curar al paciente sino aliviar los síntomas que padece, como bien apuntaron muchos de sus críticos exteriorizar o ser consciente de nuestros comportamientos irracionales no es suficiente para la curación. En el contacto personal con el paciente también se levantaban fronteras delimitadoras. Todo el mundo ha visto en alguna película la típica escena del despacho del psicoanalista con el doctor sentado en un cómodo sillón, muchas veces de espaldas al paciente, que se tumba indefenso en un diván. El trato del psicoanalista debía ser distante, sin crear ningún lazo de relación íntimo con el psicoanalizado.

Dentro de la vasta producción de Freud en la que se trata el tema del psicoanálisis se produjo una evolución considerable dirigida a un cierto abandono de sus teorías de la libido y el origen sexual de todos los conflictos inconscientes, dando más importancia a las tendencias biofílicas, dominadas por el amor a la vida, y a sus opuestas las necrofílicas, caracterizadas por su fijación en la muerte. Pero al no poder desarrollar con suficiente claridad esta nueva orientación, gran parte de sus continuadores repitieron los esquemas teóricos en los que había basado el psicoanálisis desde el principio: son la escuela ortodoxa. No fue esta, sin duda, la evolución más importante en el campo del inconsciente: Carl G. Jung, al que Freud siempre señaló como el más aventajado de sus discípulo, abandonó gran parte de las concepciones freudianas para desarrollar su teoría de los arquetipos sociales y el inconsciente colectivo; Adler dio dimensiones sociales a las teorías freudianas, y Erich Fromm va a desarrollar los principios del psicoanálisis humanista.

Fromm asegura que ante el hecho esencial de la curación psicoanalítica del choque provocado entre lo irracional y lo racional de la personalidad, el método freudiano no funciona. No se puede infantilizar al paciente, sino que hay que dirigirse al hombre como un ser transcendente que está inmerso en un proceso social. El trauma no tiene un origen exclusivamente sexual, existen multitud de experiencias que afectan a la constitución de nuestro carácter y que pueden derivar en procesos neuróticos. Fromm siempre habla de procesos y no de hechos porque defiende el carácter dinámico de la personalidad humana. También afirma que la edad en que se produce el trauma que desemboca en trastornos en la conciencia, no está tan definida: normalmente sucede en los primeros años de vida, pero puede ocurrir en la edad adulta.

Erich Fromm no dejó en vida ningún libro donde estableciera las pautas de su método psicoanalítico, pero con carácter póstumo se editaron una serie de conferencias y escritos suyos<sup>2</sup> que ayudan mucho a entender su radical concepción del psicoanálisis orientado al desarrollo psíquico total de la persona, y no sólo a su funcionamiento social. Su objetivo fundamental es que el paciente se conozca a sí mismo para así reconocer la realidad que le rodea. No es suficiente, para Fromm, llegar a la consciencia de los problemas traumáticos que se localizan en el inconsciente, hace falta fomentar la voluntad de cambiar del psicoanalizado. Hay que resolver los problemas de la estructura del carácter y no sólo sus síntomas. Para ello, el psicoanalista no debe comportarse como un científico distante que disecciona objetivamente la vida interior del paciente, sino crear un clima de confianza, libertad y afecto entre ambos. Debe emplear un lenguaje asequible para el psicoanalizado y no una maraña de tecnicismos incomprensibles y lo más importante/debe ser consciente de que el proceso es recíproco: mientras psicoanaliza al paciente también se está psicoanalizando a sí mismo.

Mientras Freud focalizaba su atención en las zonas erógenas, Fromm lo hace en los modos de asimilar el mundo que tiene el hombre. La dimensión social de la existencia humana es básica en la obra de Fromm; de hecho, muchos le califican como psicólogo social, por la fusión que realiza de las relaciones del hombre consigo mismo y con los demás, saltándose las quebradizas fronteras disciplinares que separan inútilmente a las ciencias del hombre. Existe un carácter social del hombre que se dirige a la satisfacción de las necesidades humanas y que permite desarrollar las capacidades de la persona, como explica el propio Fromm:

«La función subjetiva del carácter para una persona normal es la de conducirlo a obrar de conformidad con lo que es necesario prácticamente y también a experimentar una satisfacción psicológica derivada de su actividad. El carácter social interioriza las necesidades externas, enfocando de este modo la energía humana hacia tareas requeridas por un sistema económico y social determinado».

El psicoanalista deberá tener muy en cuenta esta dimensión social del hombre para desarrollar su labor. Según Fromm, las condiciones que debe cumplir un buen terapeuta son las siguientes: no tener miedo al propio inconsciente y de

---

<sup>2</sup> Erich FROMM: *El arte de escuchar*, Barcelona, Paidós Studio, 1993.

esta manera no se temerá el del otro, concepción del hombre como un proceso totalizante y formación humanística, comprensión de la influencia de las fuerzas sociales, pensamiento crítico y una actitud de comprensión afectiva hacia el otro. De esta manera podrá intentar movilizar las energías latentes que se hallen obstaculizadas en la conciencia del paciente, eliminando las resistencias y mostrando alternativas reales. Sobre este último punto Fromm insistió especialmente: es necesario crear nuevos intereses en la vida del paciente para que éste abandone sus actitudes anteriores. Esto se consigue mediante el interés por la vida y el mundo, el aprendizaje del pensamiento crítico, el conocimiento del propio cuerpo, la formación de convicciones propias y la concentración en las actividades que se realizan.

El método psicoanalítico frommiano carece, como hemos visto, de principios teóricos que seguir a rajatabla, más bien es un compendio de orientaciones sobre cómo tratar al paciente y su problemática, apoyados en una concepción muy clara y definida de la naturaleza humana y sus condicionantes.

#### «¿TENER O SER?», EL POSTRERO LEGADO DE ERICH FROMM

En 1978 se publica, por el Fondo de Cultura Económica en el ámbito hispánico, la última gran obra de Erich Fromm, se trata de «¿Tener o ser?». Si no hubiese sido por los problemas cardíacos que le aquejaron los últimos meses de su vida, Fromm hubiera continuado escribiendo libros, impartiendo conferencias y atendiendo a sus muchas obligaciones sociales, con la misma energía a sus setenta años como cuando contaba con treinta y comenzaba a desarrollar sus investigaciones sociales en la después archiconocida Escuela de Frankfort. Buena prueba de ello es la aparición de este libro, con el que Fromm, en una línea de coherencia y continuidad apreciable con el resto de su producción, examina los dos modos de existencia dominantes en el ser humano: la orientación al tener y la orientación al ser.

Para Fromm la gran promesa de Progreso Ilimitado en el campo material que produzca la felicidad de la mayoría de la población, ha fracasado. Se necesita un cambio en la actitud del ser humano como única alternativa para evitar la catástrofe: agotamiento de los recursos naturales, enfrentamientos entre los países, insatisfacción general en la civilización occidental ante el curso de las cosas. Para explicar en que debe consistir este cambio en la conciencia humana, Fromm analiza los dos modos fundamentales de existencia y las consecuencias de cada uno.

La naturaleza de tener surge de la propiedad privada. Fromm lo explica de esta manera:

«En este modo de existencia de tener, lo único importante es adquirir propiedades y el derecho ilimitado de conservar lo adquirido. El modo de tener excluye a los otros; no requiere que yo haga ningún otro esfuerzo por conservar mis propiedades ni que haga un uso productivo de éstas. A este modo de conducta el budismo lo denominó codicia, y las religiones judía y cristiana lo llamaron ambición; esto transforma a todo el mundo y todas las cosas en algo muerto y sometido al poder de otro».

Pero, como explica Fromm, no solamente se pueden tener y desear bienes materiales, también las ideas, las personas, las creencias y hasta los hábitos pueden convertirse en propiedades que acumulamos pasivamente. La sociedad industrial, dominante en el mundo occidental, está orientada al tener y se fundamenta en dos principios antagónicos: el egoísmo como forma de desarrollar la sociedad productivista del máximo beneficio y el hedonismo radical, que sustenta la sociedad de consumo con su objetivo de máximo placer. Las necesidades humanas se encuentran en un segundo plano frente a las necesidades del «progreso industrialista».

Al subordinar la felicidad humana al mecanismo de la economía, el carácter social de las personas se enfrenta ante numerosas contradicciones, imposibles de conciliar, ya que, por una parte, es consciente de sus necesidades, pero por la otra, el sistema le marca una conducta que no es verdaderamente la suya. La solución para Fromm está en la conciencia de la situación, darse cuenta de lo que marcha mal y cambiar la orientación necrófila de tener, por la orientación al ser y a la vida. La sociedad propuesta por Fromm se asienta en su concepción del hombre y las necesidades humanas. Estas deben ser atendidas de forma primaria a través de una organización social donde el hombre pueda desarrollar su actividad vital con libertad. Fromm defiende nuevas fórmulas de participación democrática, más activas que las actuales, aprovechando los adelantos que la técnica nos ofrece en el campo de la informática. También aboga, en este sentido, no por un dominio sobre la naturaleza sino por el dominio de la técnica que nos permita desembarazarnos del poder que ésta comienza a tener sobre nosotros.

La capacidad biofílica, para el amor y para orientarse universalmente desde su individualidad hacia una práctica de vida armoniosa son los rasgos definitorios

del hombre que vive en el modo de existencia del ser, en oposición al carácter no productivo y necrófilo orientado al tener, propio de las modernas sociedades industriales.

Muchos han criticado en la obra de Erich Fromm su supuesta intención populista, como lo hizo Herbert Marcuse con el que Fromm mantuvo siempre agrias discusiones. Marcuse defendía la tesis de que los grandes temas habían de tratarse con grandes palabras y que cualquier acercamiento a un lenguaje más asequible resultaba sospechoso de falta de rigor. Precisamente lo que Marcuse encontraba como criticable en Fromm es su más admirable virtud: la de sintetizar el pensamiento para que pueda llegar al máximo de personas posibles, sin rebajar un ápice la carga crítica, ni la profundidad de la reflexión. También se le ha criticado la ingenuidad de sus planteamientos y la falta de soluciones reales ante la crisis de la sociedad occidental, si bien todo esto es discutible, haría falta otra tribuna para desarrollar los matices y aportaciones de una obra como la de Fromm. En cualquier caso y como se puede comprobar en «¿Tener o ser?», cuando se habla de las condiciones del cambio humano y las características del hombre y la sociedad nuevas, Fromm también aportó soluciones prácticas a los problemas humanos de final del siglo XX. Precisamente, cuando ya han pasado más de quince años desde el fallecimiento de Erich Fromm, y el siglo XXI cada vez es una realidad más cercana, es un buen momento para reivindicar la figura de uno de los más vigorosos y penetrantes pensadores contemporáneos, cuyo amor por el hombre le llevó a desarrollar una producción cuya profundidad de discurso humanista no excluye una gran sencillez en la exposición. Su vida y su obra son un ejemplo luminoso de como puede desarrollarse de forma creativa el arte de ser.